

ORO Y PLOMO

POR CHARLES JONES



BIBLIOTECA TRÉBOL

N.º 29
Publicación semanal PRECIO: 25 CÉNTS

BIBLIOTECA TRÉBOL

1925

GOLD AND THE GIRL

ORO Y PLOMO

Versión literaria de la película del mismo
título, magistralmente interpretada por

CHARLES JONES

por
JUAN BOSCH

Exclusiva
HISPANO FOXFILMS, S. A. E.
Calle Valencia, 280 : Barcelona



Vicente Teruel

Charles Jones

Charles Jones

Charles Jones

Charles Jones

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
PARÍS, 204 : BARCELONA

ORO Y PLOMO

I

La noticia cayó como una bomba en la Compañía Aurífera del Aguila.

El administrador Levoy acababa de comunicar que, de resultas del último asalto, tan audaz como los anteriores, se había perdido el tercer cargamento de mineral de oro ; y en la oficina central de la Compañía, consejeros y empleados exteriorizaban en forma descompuesta su indignación.

— ¡Esto es insólito, señores! — vociferaba uno de los principales accionistas.

— Inaudito, sí, señor — añadía otro. — La pasividad o incompetencia de las autoridades, que permiten a los ladrones campar por sus respetos, nos obligarán a cerrar la mina.

— ¡Eso nunca! — borbotó un alto funcionario de congestionado rostro.

— Pues habrá que tomar una determinación radical.

— Apelaremos, como esos forajidos, a la violencia. Opondremos a su temeridad los cañones de nuestras pistolas.

— ¿Por qué — propuso un accionista que carecía de valor — no reclamamos el auxilio de Dan Prentise?

— ¿Dan Prentise?... Y quién es ese sujeto?

— ¡Cómo!... ¿Lo ignoráis? El que dispersó a la banda de Taylor en la mina del Norte... ¡Un león!...

— ¿Valiente?

— É invencible.

— ¿Y dónde se podría hallar a ese hombre?

— No creo difícil dar con su paradero. Ha poco le vi pasar por estos contornos.

— Pues hay que buscar a Dan Prentise. Inmediatamente se puso en movimiento el personal de las oficinas, para descubrir a hombre tan valeroso.

— Tengan ustedes presente — hubo de advertirles el accionista que conocía a Dan — que ese «rey del valor» se hace acompañar, en todo momento, por un amigo leal.

— ¿Hombre temerario también?

— No; Dan Prentise desconfía de los hombres. Su compañero inseparable y fiel es un perro, el noblote «Pal», cuyos colmillos pone al servicio de su amo.

Varios días después deambulaba, a corta distancia de la mina del Aguila, Dan Prentise.

La mañana era espléndida.

Sobre la tierra modulaba la luz victoriosas sinfonías.

Palpitaban en el aire, cargado de perfumes, infinitas cosas llenas de vida.

Brillaban los ramajes. Latía el corazón del agua en el pecho del bosque.

Refulgía, a lo lejos, sobre la diafanidad celeste, la espadaña de un campanario.

Rumoreaban las frondas.

Casi rozando la cabeza de Dan, pasó, con las alas abiertas, un pájaro, y el mozo disparó contra el ave su pistola, lanzando «Pal» unos ladridos.

Se oyó en aquel momento un relincho; luego el grito de una voz de cristal; después el ruido del galopar de un caballo, y apareció, a poco, la figura ágil y rítmica de una mujer.

Era Mercedes Donald, la amazona intrépida de grandes ojos y encendida boca.

Al ver a Dan, preguntóle :

— ¿Fué usted el que disparó, espantando a mi caballo?

— ¡Perdone, señorita! Yo ignoraba...

— ¡Menudo susto me ha dado usted!

— Repito que me dispense...

Hubo un momento de silencio.

Entre la fronda, temblaban, como llamas errantes, las hojas encendidas.

Crujía la tierra, como acuchillada por el sol.
Y Mercedes y Dan se miraron fijamente a los ojos, sin poder articular palabra.
«Pal», inmóvil, contemplaba a la pareja.
— ¿Es usted forastero? — preguntó, al fin, la amazona.
— Soy del mundo, señorita, y ando en busca de trabajo.
— Pues buena suerte.
— No me quejo de ella, sobre todo hoy...
— ¿Le ha favorecido?
— ¿Cabe mayor fortuna que la de haber podido contemplar a usted?...
Asomó, gloriosa, la risa a los labios de Mercedes, y Dan, temiendo haber cometido una incorrección, inclinó levemente la cabeza.
— Tiene usted un perro «encantador» — dijo la Donald.
— ¿Le gusta?
— Mucho.
— Pues suyo es.
— ¡Oh, no!
— ¿Por qué?
— Porque usted necesita de su compañía... Volvió a quedar silenciosa la pareja.
— Supongo — expresó Mercedes, después de breve pausa — que volveremos a vernos...
— Sí, señorita; no lo dude usted...
Tendió la Donald su mano a Dan, y éste se apresuró a besarla.
«Pal», nervioso y ágil, se dispuso a saltar.
— ¡Quieto, «Pal»!

II

Dan Prentise había entrado al servicio de la Compañía Aurífera del Aguila.

La impresión causada por el mozo en todos los consejeros no pudo ser más halagüeña.

— Este hombre nos salva — aseguró uno de ellos.

— A estas horas — manifestó otro — deben torcer el gesto significando su desagrado cuantos componen la banda de salteadores...

Así era, en efecto.

Jerónimo Donald, tío de Mercedes, y «su socio» Bart Colton, tuvieron en el acto aviso de la adquisición hecha por la Compañía Aurífera.

«Prevénganse — se les decía en un mensaje llegado a sus manos — contra el emisario del Aguila, que se llama Dan Prentise. Es un hombre temible por muchos conceptos. Incluye un apunte a lápiz del rostro de tan peligroso individuo, para que lo reconozcan».

— ¿Qué hacemos, Colton? — preguntó Donald.

— ¿Qué hemos de hacer? Suprimir de un pistoletazo al tal Prentise.

— No vayamos demasiado lejos.

— O eso, o renunciar al oro que otros arrancan a las entrañas de la tierra.

— ¡Oh, renunciar al oro!... ¿Crees cosa fácil aplacar esta sed de riquezas que nos devora?

— Pues hay que matar a Dan.

— ¿Y si nos atrapan?

— Tarde o temprano caeremos. Así, ¿qué más da?

— Bien sabes que por mí no me importa. Pero Mercedes...

— Como te desanimas, no haremos nada. Un « golpe » más y... ¡negocio redondo! A reírnos después de la miseria.

Mientras así dialogaban los dos jefes de la banda cuya existencia horrorizaba a los accionistas de la mina del Aguila, uno de éstos instruía a Dan Prentise.

— No pierda usted de vista — decíale — a dos sujetos que sospecho capitanean a los ladrones.

— ¿Sabe cómo se llaman?

— Uno de ellos, Bart Colton. El otro, Jerónimo Donad. Los podrá usted ver en...

Y el consejero facilitó a Dan las señas de los puntos donde solían reunirse los dos bribones.

— Empezaré por vigilarles — manifestó



¿Es usted forastero? — preguntó, al fin, la amazona

Prentise — y acabaré por anularles definitivamente.

— ¡Cuidado con caer en la trampa!...

Dan, por todo comentario, abocetó una sonrisa.

Luego, seguido de su perro, se dirigió hacia donde pudiera encontrar a Bart y a Donald.

Como el can saltarínease, tal que si le bailara el gozo en el cuerpo, hubo de interrogarle su amo :

— ¿Has descubierto algo que te alegra? ¡Qualquiera diría que acabas de tener un presentimiento!

«Pal» en aquel momento echó a correr siguiéndole con la mirada Prentise, que no tardó en exclamar :

— ¡Fino olfato tiene el condenado! ¡Si sabía él que se aproximaba gente conocida!...

En efecto : recortóse, a contra luz, la figura graciosa de Mercedes y se apresuró Dan a saludar a la criatura que le había conturbado.

Agradeció con una sonrisa, la Donald, el saludo de su amigo, y metióse en una casa de no muy noble aspecto.

— Linda muchacha, ¿verdad «Pal»?... Y, por lo visto, le eres muy simpático. ¡Qué suerte tienes! Todas las mujeres te quieren, afortunado can. Pero esta vez, «Pal» amigo, perdona : voy a ver si consigo de que me quieran a mí...

* * *

Mercedes encontró a Colton en su «despacho».

— ¿No ha venido mi tío? — preguntóle.

— Quedó en venir.

— Me urge verle.

— ¿Ocurre algo?

— Nada ; un capricho mío : el de asistir esta noche el Baile de Caridad, para lo cual quiero que se apresure a adquirir, antes de que se agoten, los billetes.

— Para eso no es necesario que venga tú... Iré yo por las localidades.

— Eso sería si yo lo consintiese.

— ¿Y por qué no?

— Porque tus asiduidades me desagradan, Bart.

— ¡Cómo te complaces, Mercedes, en atormentarme!

— De obstinarte en seguir por ese camino, me voy.

— ¡No! Te ruego que esperes a tu tío. Mientras, yo, que te quiero tanto, me recrearé contemplándote...

Colton, de pie, devoraba con los ojos a Mercedes.

Sus párpados, como sus mejillas, se iban enrojeciendo.

Le temblaban las piernas.

Con voz ronca pronunció :

— ¡No tienes alma, criatura!

— ¡Oh, no te pongas así, Bart!

— ¿Creerás que soy como una piedra, que no siente? De sobra sabes que desde que viniste sólo para ti vivo... y que por ti comería las mayores locuras.

— Sí, ya lo sé... pero ¿qué quieres que yo haga? Eres un hombre simpático... tienes derecho a ser feliz... mas, ¿y si yo no puedo darte la felicidad?

— ¿Porqué?

— Porque al corazón no se le manda... Yo, Colton, no puedo quererte... Otras jóvenes, en cambio, estarán enamoradas de ti.

Llamearon las pupilas de Bart.

Un temblor agitó todo su cuerpo.
Y de pronto, sin que Mercedes pudiera evitarlo, los brazos del consocio de Donald se enroscaron como dos sierpes al cuerpo de la joven.

— ¡Por Dios, Colton!... ¡Déjame... te lo suplico!...

— ¡Te adoro, Mercedes! ¡Te necesito! ¡Quiero que seas mía!... ¡toda y sólo mía!...

Abriose en tal instante violentamente la puerta de la habitación, y se recortó en el marco la figura gallarda de Dan Prentise.

Colton quedó estupefacto. Su primer impulso fué saltar al cuello del importuno visitante, que, pálido y desencajado, permanecía, aunque inmóvil, en actitud retadora.

— ¡Ah!... ¿Es usted?... — exclamó Mercedes, azorada.

Y dirigiéndose a Bart, añadió :
— Es el caballero que me salvó la vida la mañana en que se encabritó el caballo...

Colton, que había reconocido al recién llegado, gruñó :

— ¡Qué sabes tú, quién es ese! Por de pronto, yo no le admito en mi casa.

— Falta que yo quiera irme — replicó Dan, colérico.

— ¡Tendría que ver!
— Pues ya lo está usted viendo.

— Lo que veo es que tendré que echarle de aquí a patadas.

Se miraron los dos con tanta ira, que Mer-



¡Te adoro, Mercedes!... Te necesito...

cedes, comprendiendo que el choque era inevitable, dirigió a Colton una mirada de súplica.

Mas éste, empuñando la pistola, ordenó :
— Fuera de aquí, señor intruso.

Dan Prentise echó mano también a su pistola.

— No saldré de esta casa sin que antes lo haga esa señorita, a quien debéis agradecer que no os haya atravesado yo de un balazo el corazón.

— Sí, sí... yo salgo inmediatamente — manifestó la Donald, — pero usted debe seguirme...

Cruzó Mercedes la estancia, no sin antes haberse apoderado del arma de Bart, y, dirigiéndose a Dan, dijo :

— Vámonos.

Obedeció Prentise. Mas antes de que lo grara, precedido de la joven, poner el pie en la calle, se sintió fuertemente agarrotado por la espalda.

— ¡Traidor! — rugió, aprestándose a la defensa.

Colton nada dijo ; derribó a su contrincante contra una pequeña mesa, dispuesto a arrebatárle la vida.

Pero Dan, haciendo un titánico esfuerzo, logró, de una patada en el vientre, librarse de su agresor.

Incorporóse rápidamente, y de un salto cayó sobre Bart.

Mercedes, despavorida, demandó a grandes voces auxilio.

— Ahora, canalla — masculló Prentise — sabrás lo recios que son mis bíceps ; ahora, cobarde, me daré el gusto de arrancarte el corazón...

La lucha sorda, fiera, desesperada, parecía que no iba a tener fin. Los combatientes se atacaban con los dientes, con las uñas, rugiendo, maldiciendo... Eran dos monstruos dispuestos a despedazarse, a reducirse a piltrafas.

Mas Colton se dió al fin por vencido. Jadeaba, rezongaba como bestia herida. Y Dan,



Colton, empuñando la pistola, ordenó: fuera de aquí, señor intruso...

poniéndose en pie, miró despectivamente al ladrón de oro y aspirante a ladrón de horas, y sin decir palabra giró sobre sus talones y salió a la calle.

De entre un grupo de curiosos se destacó Mercedes, seguida de «Pal», exclamando aquélла :

— ¡Gracias, Dios mío!



III

Aquella noche fué asaltado, como de costumbre, el carro con mineral. Pero los ladrones no se apoderaron del oro que conducía la camioneta, merced a la oportuna intervención de Prentise, que dispersó a tiro limpio a los forajidos.

Estos, después del fracaso, fueron insultados por Jerónimo Donald.

— Sois chusma cobarde e inútil — les dijo. — ¿Quién os mandó disparar las pistolas?...

— Tiraban los otros a dar, señor, y no ibamos a consentir que nos convirtieran en cribas. Después de todo, si no llega a desbocarse, con el tiroteo, el caballo, nos hubiéramos apoderado del botín.

— ¿Fué el caballo o fuisteis vosotros los desbocados?

— Juro que cumplimos con nuestro deber... Y de ello no tardará usted en convencerse

— dijo un sujeto llamado Rankin ; — pues esta misma noche...

— ¿Qué piensas hacer? ¿Alguna tontería?

— Mañana se verá. Sólo digo ahora que sé donde se aloja ese hombre, a cuya inesperada intervención se debe en parte nuestro fracaso.

Y Rankin, momentos después, irrumpía en el hotel donde estaba hospedado Dan Prentise.

— ¿Hay habitación para mí? — preguntó.

— Hay habitación.

— ¿Cerca de la que ocupa un forastero?

— Eso no es cosa que deba interesarle.

— No, efectivamente ; pero es que ese señor...

— Bueno ; menos palabras. Subscriba su nombre en el registro y no se meta en dibujos.

Rankin estampó su firma, viendo la de Prentise en la línea correspondiente al cuarto número 10.

— ¡Ajajá! — pensó. — Ya sé donde está el pájaro.

* * *

El hotel había quedado en silencio.

Ni el más leve rumor se percibía a lo largo de los pasillos solitarios, como si todos los huéspedes durmieran profundamente en sus respectivas habitaciones.

Sin embargo, alguien permanecía con los ojos muy abiertos.

Era Rankin, que esperaba la ocasión de

turbar el sueño de Dan Prentise. Rankin que, pegando el oído a la cerradura, recogía hasta el aliento del tiempo.

Pero, como Rankin, vigilaba también «Pal», el perro fiel, dispuesto a dar la voz de alarma tan pronto observara algo extraño.

«Pal», mientras dormía su amo, solía permanecer aovillado detrás de la puerta, afinando el oído para que nadie pudiera sorprenderle.

Así es cómo, apenas Rankin abrió la puerta de su habitación, saliendo, descalzo, al corredor, dióse «Pal» por enterado, y, arrimando cuanto pudo el hocico a las maderas, comenzó a ventear.

Dejó escapar un gruñido sordo. Avanzó las orejas; rechinó los colmillos y comenzó a ladrar furiosamente.

— ¡Cállate, condenado! — rezongó Dan, despertando.

Mas como «Pal» continuase soltando ladridos, Prentise saltó de la cama y acercóse al perro, reconviniéndole.

Pero en aquel instante, alguien, desde fuera, tamborileó con sus dedos en el panel de la puerta.

— ¿Quién va? — preguntó Prentise.

— Soy yo, señor... un amigo, un buen amigo que viene a prevenirle...

— ¡Vete al diablo, importuno!

— Ruego, señor, que tenga la bondad de escucharme breves momentos...



Colton derribó a su contrincante sobre una pequeña mesa

Dan no vaciló. Dando vuelta a la llave hizo rechinar la cerradura y abrió la puerta de par en par.

— ¡Pase quien sea! — dijo.

Y penetró en la estancia Rankin.

— ¡Hola, bigardo! — exclamó Prentise. — ¡Eres tú?... Supongo que no vendrás a darme las gracias por lo de esta noche... Y eso, que has salvado la piel milagrosamente...

— Usted me toma por otro, sin duda, señor.

— No, no; te vi bien. Eres el que disparabas desde lo alto del alud... ¡Qué mala puntería tienes!

Desconcertado, Rankin, no acertó a defenderse.

— Vamos a ver — prosiguió Dan. — ¿Qué es lo que te ha decidido a visitarme? ¿Vienes mandado por alguien? ¿Te han comisionado tus jefes Colton y Donald para que me ofrezcas «participación en los negocios?» ¡Pues pierdes el tiempo, bergante! Yo no necesito dinero. A mí me sobra el dinero. Y, además, me sobra también valor para acabar con vuestra banda. ¿Te vas enterando? Conque ahórrate palabras, y si quieres un consejo nada despreciable por ser de enemigo, lárgate lo más pronto que puedas de este pueblo, porque de lo contrario cualquier día los buitres picotearán en tu cuerpo acribillado a balazos. ¡Largo de aquí! Pero lejos, bien lejos, donde yo no te vuelva a ver. ¿Me has entendido? Y si contigo se van Colton y Donald, mejor para todos... para todos vosotros, se entiende, porque yo voy a echar aquí raíces...

Rankin no se movió.

— ¿No te has enterado de lo que he dicho? Vete ya, si no quieres que te perfure esa piel de perro que tienes... Necesito dormir.

Rankin, que acabó por tomar miedo a Dan, balbuciendo incoherentes excusas, se retiró, aunque renegando de su falta de valor.

Y Prentise, después de cerrar la puerta, cogió de la cabeza a «Pal» y dijo al perro :

— ¡Eres insustituible, amigo!

IV

A la mañana siguiente, apenas llegó Prentise a la mina del Aguila, manifestó al Director :

— Tengo un plan para hacer caer en el lazo a los ladrones.

— ¿En qué consiste ese plan?

— Primero en extender la noticia de que esta noche guiaré yo el camión con el mineral de oro.

— ¡Eso sería proporcionar armas a los enemigos!

— ¡Aguarde usted, que no lo he dicho todo! Ya sé que, atraídos por el cebo, que en este caso soy yo, pues hay empeño en hacerme desaparecer, no vacilarán Colton y Donald en tomar parte en el asalto, mejor dicho, en azuzar a sus sabuesos... cayendo de ese modo en la trampa.

— No lo entiendo a usted.

— Pues está bien claro.

— No lo veo yo así.

— Avisadas de antemano las autoridades y apostadas en los puntos estratégicos, podrán copar, con ayuda de los nuestros, a la banda, en el momento que ésta se lance al asalto.

— Hay un peligro — observó el Director.

— ¿Cuál?

— Que se enteren los ladrones de lo que se les prepara.

— Eso es cuenta mía. ¿Aprueba usted mi plan?

— Puesto que usted, a lo que veo, lo ha estudiado bien...

— Así, ¿convenido?

— De acuerdo.

* * *

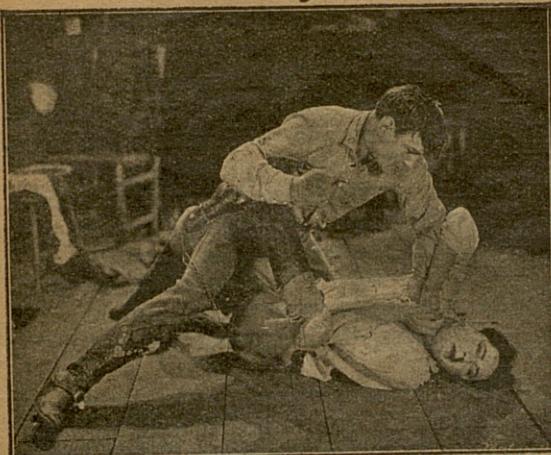
Pocas horas después de tener efecto este diálogo en la mina del Aguila, Donald y Colton, reunidos en el despacho del primero, conversaban acerca de lo que se iba cumpliendo la situación, noticiosos de que Dan iba a guiar por la noche el camión.

El tío de Mercedes, tan bribón como su camarada, pero menos audaz, no ocultaba su desasosiego.

— Yo creo, amigo mío — decía a Colton — que deberíamos abandonar ya esta empresa.

— Me asombra que te expreses de ese modo. ¿Tienes miedo?

— Miedo a los hombres, no ; bien lo sabes :



A hora, canalla, sabréis lo recios que son mis biceps...

miedo al calabozo, adonde iremos a parar, como se lo proponga Prentise.

— ¡Bah! Prentise... ¿Quién te ha dicho que no será esta noche cuando le quitemos para siempre de en medio?...

— No te hagas ilusiones. Ese forastero es un chacal.

— ¿Te lo ha dicho tu sobrina?

— ¡Mi sobrina! ¿A qué se te ha ocurrido ahora mezclar en este asunto a Mercedes?

— Ya veo que ignoras mucho, querido Donald... ¡Mira que no enterarte de que la

sobrinita y ese «rey del valor» hacen muy buenas migas!...

— Que me aspen si te entiendo.

— Pues, nada, chico : que la tal Merceditas, si no enamorada de Prentise, está interesada, por lo menos...

Donald descargó sobre la mesa un puñetazo, exclamando iracundo :

— ¡De ser cierto lo que dices!...

— No tienes derecho a dudar de mis palabras. Los he visto varias veces juntos.

— Entonces ¿he de suponer que mi sobrina me traiciona?

— El amor no repara en nada. De manera que ahora más que nunca hemos de apelar a recursos extremos. No podemos retroceder. Hay que matar a Dan... y apoderarnos de todo el oro....

Irrumpió en tal instante Mercedes en el despacho de su tío, y encarándose con Bart pronunció airada :

— Mi tío no es ni ladrón ni asesino.

Colton y Donald se quedaron atónitos, y la joven prosiguió, dirigiéndose al individuo que trató de seducirla :

— ¿Crees que permitiré llevéis a cabo las infamias que os proponéis?

— Mira, niña — dijo Bart, con mal contenida cólera : — en estos asuntos no tienes tú que intervenir para nada. Tu tío verá lo que le conviene hacer. Yo tengo decidido mi plan.

— Que no pondrás en práctica, porque yo iré a prevenir al señor Prentise.

— ¿Y sabes lo que entonces le sucedería a tu tío?

— ¿A mí? — exclamó Donald. — Nada desagradable puede ocurrirme, puesto que ya te dije que yo no sigo adelante... y no seguiré.

Sonrió perversamente, diabólicamente, Colton, y dejó caer estas palabras :

— Tan complicado estás tú en este asunto como yo. Tú verás lo que te conviene hacer. Pero yo te juro, por la luz que nos alumbra, que no toleraré te separes de mí.

— ¡Canalla! — pronunció, iracunda, Mercedes.



V

Es noche cerrada.

Parpadean en lo alto las estrellas.

La gente del sheriff, a favor de la obscuridad, se ha ido extendiendo por el campo.

Todo el personal está dispuesto a no perder la noche, y cada cual permanece ojo avizor y con el arma al brazo, ya contra el tronco de un árbol o bien entre breñas.

Sale de la mina el camión con el cargamento de oro.

Guía el vehículo Prentise, que no consintió le acompañase nadie.

— ¿Para qué — dijo — llevando a «Pal», y en el cinto dos pistolas?

Y avanza, como si perforase la noche, el carro mecánico.

Pero no bien se había separado un kilómetro de la mina, surge en el camino, como desprendida de una nube, la silueta de una mujer.

— Soy yo, Dan — dice. — Yo que vengo a rogarle que vuelva usted a la mina...



Vete ya, si noquieres que te perfore esa piel de perro que tienes...

— Pero, Mercedes... — balbuce Prentise.

— No cometa usted la locura de seguir adelante... ¡Van a asaltarle!

— ¿Lo cree usted así?

— Me consta de modo positivo. No me pregunte cómo lo he averiguado, pero regrese usted a la mina. ¡Pronto!... No hay minuto que perder...

— Agrádezc a usted en el alma, señorita — expresó Dan, — esta advertencia; pero yo no soy de los que retroceden. No he retrocedido jamás. De manera que sigo camino adelante.

— Entonces — dijo con acento resuelto Mercedes — yo iré con usted. Tanto como a usted me interesa a mí este asunto.

No bien había acabado la joven de pronunciar la última palabra, se oyó un disparo. Después otro, y otro... siguiendo una descarga cerrada.

Pero el camión no se detuvo. Siguió adelante bajo una lluvia de balas y entre el gritorio ensordecedor de los vencedores y los vencidos en el terrible encuentro.

— ¡Hurra por Prentise!

— ¡Viva Dan sin miedo!

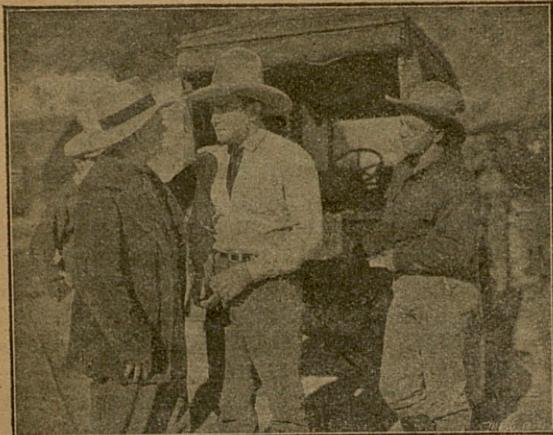
* * *

Cuando Mercedes se enteró de que su tío había caído en poder de la gente del sheriff, trató de intervenir en su favor.

Donald tuvo un «gesto» :

— No me compadezcas, sobrina — dijo, — ni te intereses por mi suerte. Soy un miserable...

— Di más bien que lo has sido. Pero hasta hoy nada más. Desde mañana comenzará para ti otra vida, la vida honorable.



Tengo un plan para hacer caer en el lazo a los ladrones

EPÍLOGO

Donald y su sobrina desaparecieron misteriosamente del pueblo, amparados por las sombras de la noche.

El remordimiento roía las entrañas del tío de Mercedes. Esta procuraba prestarle alienatos...

— ¡Ay, sobrina ; yo no puedo soportar este tormento! — pronunciaba Donald con voz desfallecida.

— ¿Te fatigas?

— Me pesa el alma, esta alma que es de plomo...

Y, aunque lentamente, continuaban alejándose tío y sobrina del pueblo que maldeciría el nombre de aquél.

Pero alguien seguía a los viajeros, protegiéndoles.

Eran Dan Prentise y su perro «Pal», que renqueaba por haberle alcanzado en una pierna un balazo.

Unos cuatro kilómetros habrían recorrido los fugitivos, cuando Donald, llevándose las dos manos al pecho, guturó :

— Me muero, Mercedes... Ha llegado mi hora...

Y cayó pesadamente en tierra... para no levantarse jamás.

Mercedes dejó escapar un grito de dolor y de espanto.

Pero en aquel momento Prentise y «Pal» acudieron en su auxilio.

— Gracias, gracias — balbució la joven.
Y se enjugó unas lágrimas.

* * *

Al día siguiente, Mercedes y Dan se despedían, convencidos uno y otro de que no tardarían en verse de nuevo reunidos.

— Mira — dijo Prentise : — «Pal» está esforzándose por decir que los dos volveremos pronto al mismo punto.



“Pal” es el único que sabe nuestro secreto

— ¡Qué inteligente es «Pal»...

— Tiene el corazón de oro. Y, además, es el único que sabe nuestro secreto...



BIBLIOTECA PERLA

No dejen de comprar estos interesantísimos tomos

TOMOS PUBLICADOS

- LA LLAMA DEL AMOR, por Pauline Frederick.
JURAMENTO OLVIDADO, por Mary Kid y Michel Varkon.
LO QUE CUESTA EL PLACER, por Virginia Valli
AMBICIÓN CIEGA, por Eleanor Boardman.
¿Y ESTO ES EL MATRIMONIO?, por Eleanor Boardman.
CON LA MEJOR INTENCIÓN, por Constance Talmadge.
UN MENSAJE DE ÚLTIMA HORA, por Gladys Hulette
SOMBRAZ DE LA NOCHE, por Madge Bellamy.
EL PREMIO DE BELLEZA, por Viola Dana.
LA LEY SE IMPONE, por Arthur Hall y Mimi Palmieri.
DESOLACIÓN por George O'Brien.
SUBLIME BELLEZA, por Andrey Munzon.
CASADO CON DOS MUJERES, por Alma Rubens.
EL DESTINO DE LOS HIJOS, por Henny Porten.
EL CABALLO DE HIERRO, por George O'Brien.
ALEJANDRITO EL MAGNO, por Marion Davies.
NINICHE, por Ossi Oswalda.
LA MÁSCARA Y EL ROSTRO, por M. de la Motte.
CARNE DE MAR, por George O'Brien.
ANA MARÍA, por Henny Porten.

PRECIO DE CADA TOMO : **60** CÉNTIMOS